

CARTA DEL DIRECTOR

Queridos amigos: Hace bastantes meses, en momentos en que Juan Pablo II presentaba el aspecto de gozar de un estado de salud mucho peor del que pudo apreciarse en su último viaje a España (3-4 de mayo), El Roto, en uno de sus habituales monigotes, dibujaba al papa cargado de espaldas y ponía en su boca una reflexión que decía, si la memoria no me falla: "A veces pienso que debería dimitir, pero luego no consigo acordarme de por qué". Con una no menor incisividad cáustica, pocos días después de la reciente visita papal (El País, 8.5.2003), El Roto, a través de la figurilla de una mujer de pueblo que transitaba por un trecho encharcado y se protegía de la lluvia con un paraguas, destapaba otra vez algo que se escondía debajo de las apariencias. A medio camino entre la perplejidad y la sospecha, la mujer sacaba esta conclusión de toda aquella barahúnda pontificia: "El papa nos habló de amor y el emperador, de odio. Pero luego vi cómo ambos se abrazaban".

Algunos medios de comunicación independientes de las influencias gubernamentales y eclesiásticas insistieron también en aquel estado de incertidumbre, expresado en el dibujo de El Roto, al señalar la contradicción existente entre la energía y la claridad con que el papa, en las semanas inmediatamente anteriores, había tomado posición contra la guerra de Irak, por una parte, y por otra, el cuidado y la circunspección de que se pusieron en juego para evitar el uso explícito del término "guerra" en las intervenciones papales. Los medios independientes denunciaron, además, un buen número de ambigüedades presentes en los escenarios y en las escenas en que se desarrolló la visita pontificia. Unos botones de muestra. La plaza de Colón, en que ondeaba la bandera de extensión equivalente a la de un campo de tenis y de significaciones discutidas. La canonización de unos mártires de la

"cruzada", sin mención alguna ni del carácter fratricida de la guerra en que sufrieron el martirio, ni de las víctimas de la otra de las partes implicadas en la contienda. Las alusiones a la evangelización de América, sin las debidas matizaciones críticas, como ejemplar y paradigmática para el anuncio actual del Evangelio.

Cabe señalar, a modo de complemento, que no faltó quien especulara con las presumibles contraprestaciones que, gracias al comportamiento papal, podía esperar del partido en el gobierno la Conferencia Episcopal Española, en los terrenos de la enseñanza y de la financiación de la Iglesia. En cambio, como ejemplo de autocrítica en el interior de la Iglesia, reproducimos en este número el comunicado hecho público por el Fòrum Joan Alsina, de la diócesis de Girona, el día siguiente a la visita del papa.

En cuanto a la capacidad de convocatoria que la figura del papa sigue manteniendo, después de reconocer la admiración de que, en este aspecto, es merecedora la personalidad de Juan Pablo II, se impone un breve punto y aparte de reflexión. Dejo a un lado detalles susceptibles de una crítica demasiado fácil y recurro a las palabras medidas y respetuosas de Juan Martín Velasco, que yo mismo cité textualmente en el número 24 de FRONTERA (ps. 17-18): "A este respecto, confieso que no sé cómo interpretar, ni me atrevo a valorar, los muchos esfuerzos que se hacen, en una Iglesia ya minoritaria y notablemente envejecida, por convocar a los fieles, aprovechando toda clase de ocasiones, a hacer acto de presencia masiva y dejar constancia -o dar la impresión mediante un hábil manejo de los medios de comunicación- de unas fuerzas que después parecen esfumarse al contacto con la vida diaria. Parece como si olvidásemos que las semillas no están para ser expuestas en grandes montones, sino para ser esparcidas por los campos del mundo y germinar en nuevas formas de vida en la sociedad". (La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea, Santander 2002, p. 139).

Mi personal comentario de la actualidad no sería completo si no me refiriera a un hecho que, siendo de relieve local, ha tenido un impacto considerable en la comunidad diocesana de Barcelona y en sectores ciudadanos comprometidos en la lucha por la justicia. El día 22 de abril falleció Josep Maria Vidal Aunós, párroco de Santa María del Pi, en la ciudad condal. Sin entrar en detalles que no son del caso,

baste decir que, a sus 81 años, sufría de insuficiencia respiratoria. Es muy probable que, por las informaciones de los medios de comunicación, muchos de los lectores de FRONTERA se enteraran del masivo encierro de inmigrantes en aquella parroquia, y en otras de la diócesis, entre el 20 de enero y el 7 de marzo del año 2001. Vidal Aunós desempeñó en aquellas circunstancias un papel relevante. Era, en él, una línea que venía de lejos. Para dar un detalle significativo, él fue quien, siendo párroco de la parroquia de San Medín, acogió en los locales parroquiales a los sindicalistas que, en la situación de clandestinidad propia del régimen franquista, se reunieron el 20 de noviembre de 1964 y fundaron las Comisiones Obreras de Catalunya.

Más que en la multitudinaria celebración de las exequias de Vidal Aunós, me interesa poner el acento en la participación de representaciones de inmigrantes, con sus atuendos específicos, y en las innumerables manifestaciones escritas de afecto que se recibieron en la parroquia. Entre ellas, destaco las de las organizaciones sindicales. Desde Madrid, José María Fidalgo, secretario general de Comisiones Obreras, reconocía "la honestidad y coraje" de Vidal Aunós, su "lucha por la libertad y los derechos de las personas" y su actuación "son la cual no podríamos explicar a historia de Comisiones Obreras". La Comisión Obrera Nacional de Catalunya insistía en conceptos análogos y en el apoyo y acogida que CC.OO. que de él recibió en sus inicios: "La historia de CC.OO. no se puede entender sin el papel de mosén Vidal i otros sacerdotes quienes, en la defensa de las libertades y el compromiso social, pusieron de manifiesto su forma de entender los valores de la institución que representaban". José M. Alvarez, secretario general de la UGT de Catalunya, recordaban que la sensibilidad social del difunto y su actuación habían contribuido a la superación de las "décadas de incomprensión mutua" entre el sindicalismo y la Iglesia".

Vidal Aunós fue un testigo de la fe que ofreció un testimonio transparente, fácilmente reconocible como tal. Como comentaba un cura perteneciente a las generaciones recientes de sacerdotes diocesanos, su actuación se inspiró no en un programa preestablecido ni en una ideología, sino en la intuición evangélica de la voluntad de servicio que, al estilo del samaritano del Evangelio, lo guiaba en cada momento (Avui, 24.4.2003).

